

furia, arrojóse en medio de ellos, esponiéndose á recibir un golpe mortal, y pintóles con tal viveza el abismo eterno en que iban á hundirse, que arrojando las armas, obligólos á abrazarse y los reconcilió perfectamente. Hicieron despues con él una confesion general de toda su vida, y convirtiéronse en unos hombres nuevos. Uno de ellos permaneció tan fiel á los impulsos de la gracia, que renunció el mundo para ocuparse solo en las cosas eternas, y retiróse á una casa de campo que tenia cerca de Tonon. Como habia servido largo tiempo en los egércitos con mucho honor, hacíanle frecuentes visitas las personas nobles de aquellas inmediaciones y los sugetos mas condecorados de la ciudad. Egecutábalo tambien Francisco para confirmarle en sus santos propósitos; de suerte que aquella casa fue á los principios el centro de reunion de todos los que querian instruirse, y despues un teatro de conferencias formales.

Los ministros fomentaban la heregía y el ódio de los pueblos á la iglesia romana, desfigurando su doctrina, acusándola de que idolatraba, de que miraba á María como á una divinidad, de que adoraba á los Santos, con sus reliquias é imágenes, de que les daba parte con Jesucristo en el oficio de mediador entre Dios y los hombres, de que blasfemaba de la redencion, y de que destruía la satisfaccion del Redentor con la doctrina relativa á la necesidad de las buenas obras. Francisco mostró con tanta claridad la falsedad de estas imputaciones, que se divulgó por el Chablés y aun por dentro de Ginebra de que la vanidad

de poder decir que habia convertido algunas personas obligábale á aproximarse á la doctrina de los calvinistas. Decian que habia disfrazado los verdaderos sentimientos de su iglesia, la cual condenaria sus opiniones luego que se hiciesen públicas. A este nuevo ardid de la impostura, pobreza miserable en sí misma, pero capáz de causar entonces mucha impresion en el ánimo de los incautos, debemos el escrito que dió á luz sobre lo ocurrido en aquellas primeras asambleas del Chablés, y redúcese á una esplicacion clara y fundada de la doctrina católica acerca de los artículos que mas dificultad causaban á los pueblos extraviados por los predicantes. Ofrecia en él el autor justificar á la iglesia romana con la misma evidencia sobre todos los puntos controvertidos, ya fuese por escrito, ó en conferencias, al arbitrio de los ministros. Mas ellos no tuvieron por conveniente ni responder al escrito, ni aceptar las conferencias; y esta confesion tácita de su insuficiencia fue en todo el canton un golpe mortal para la autoridad de aquellos falsos doctores.

Nadie se ocultaba ya para oír las instrucciones de Francisco. Llevaban los amigos á sus amigos, los padres y las madres á sus hijos, y los amos á sus criados. Habia nuevas conversiones todos los dias, y los recién convertidos profesaban á su padre en la fe un afecto que comunicaban á los que permanecian todavía en el error. Descubrió por este medio muchas conspiraciones formadas por varios celadores sanguinarios que quisieron sacrificarle á la seguridad de su

secta. Condujeron algunas veces con tanto acierto su maquinacion, y se les frustró por unos medios tan inesperados que lograron que le tuviesen por mago sus groseros secuaces. Mas la fama de estas maldades sirvió solo para disfamar á la religion que la inspiraba. Decíase públicamente que los ministros se valian de la violencia porque no tenian razones que oponer; que sus procedimientos probaban con toda claridad cuán mala era su causa; que si Francisco enseñaba errores, era necesario confundirle, y no asesinarle; que era extraño que á las puertas de Ginebra, baluarte del calvinismo, desafiase á todos sus defensores, sin que hubiese ninguno que osase presentarse en la palestra. Por último, añadían que se engañaban mucho si estaban convencidos de que se les habia de creer sobre su palabra, cuando los desmentian todas sus obras.

28. Un ministro que tenia mas probidad que los otros, fue á conferenciar con el misionero. Valiéronse sus cólegas de todos los medios imaginables para hacer que volviese á entrar en su comunión, á la que daba un golpe terrible con su mudanza. Mas siendo inútiles todas sus diligencias, pusiéronle en una cárcel, atribuyéronle delitos que no habia cometido, buscaron testigos falsos, y rayó su iniquidad en el extremo de asesinarle. Esto horrorizó igualmente á los calvinistas y á los católicos. Creyó un abogado célebre en todo el país, llamado Poncet, que lo que se procuraba sostener con unos medios tan indignos, podria muy bien haber sido establecido de la misma

manera. Bascó, pues, á Francisco, cuya caridad, paciencia, piedad, sinceridad y toda su conducta, tan distinta de la de los ministros, habia mucho tiempo que llamaba su atención. Tuvo no obstante largas disputas con él, y se rindió por último despues de haber conocido la frivolidad de todos sus argumentos.

29. Imitóle el baron de Awlly, hombre de un talento poco común, y muy instruido en su religion, que profesaba de buena fe, siendo el principal apoyo de ella en toda la provincia. Defendióse mucho tiempo, y quizá costó tanto esta conversion al santo misionero como todas las demás. Despues de haber examinado prolijamente y por escrito todos los puntos de controversia, quiso que se enviasen á Ginebra y á Berna, para ver si las soluciones de los mas célebres doctores de su comunión, que residian en aquellas dos ciudades, le satisfacian mas que las suyas. Mas tambien compensó á Francisco todas las molestias y trabajos que le habia causado, pues anunció por todas partes, y aun en Ginebra, el dia de su abjuracion, y procuró que fuese numerosísimo el concurso. Concurrieron en efecto, con todo el pueblo de Tonon y de sus cercanías, muchos calvinistas de Ginebra, para ser testigos de un acontecimiento que miraban como imposible. Abjuró Awlly con firmeza y resolucion los errores de Calvino, confesó del mismo modo la fe católica, y despues exhortó con eficacia á todo el concurso á que siguiese su ejemplo.

30. Habia atraído á la Iglesia la dulce elocuencia de Francisco antes de esta célebre conversion, un

gran número de sectarios ⁽¹⁾; y un día, entre otros, convirtió seiscientas personas, segun cuentan varios historiadores de su vida, quienes añaden que habló de la real presencia con tanta energía, dignidad y unción, que levantaron la voz los oyentes diciendo que una fuerza irresistible los inducia á confesar y abrazar la verdad. Fueron tan copiosos los frutos de salvacion desde que abjuró el baron de Awlly, que no obstante de que Francisco era infatigable, no alcanzó por sí solo para cogerlos todos, y fue necesario enviarle operarios. Nunca pondríamos fin si nos propusiésemos dar aquí una noticia individual de los prodigios de su ministerio, porque la mayor parte de sus historiadores afirman que sacó de las tinieblas del error á setenta y dos mil personas. Habia algun tiempo que residia de dia y de noche en Tonon, despreciando el riesgo continuo á que estaba espuesta allí su vida y las inquietudes de sus parientes, quienes en vista de semejante resolucion le consideraban como un hombre muerto. Mas cuando llegaron sus colaboradores, estaba ya muy variada la escena, pues habia una iglesia católica en Tonon, comparable con las de los tiempos primitivos, observándose en ella la misma firmeza en la fe, y la misma pureza de costumbres, sin la cual miró siempre Francisco de Sales la profesion esterna como cosa de poca importancia. Veíase el mismo espíritu de concordia y una caridad tan afectuosa para con los pobres y enfermos, que

(1) *Anon. Vid. de San Franc. de Sal. lib. 1.*

era la admiracion de los hereges mas obstinados. Estableciéronse todos los misioneros con su gefe en Tonon, donde á pesar de las maquinaciones de los ministros y de algunos movimientos sediciosos del populacho, floreció otra vez el culto católico del mismo modo que en todo el Chablés.

31. Cuando supo el Pontífice unos progresos tan súbitos, creyó su santidad que no habia ninguna cosa superior á las fuerzas de Francisco y dióle comision para que fuese á Ginebra á conferenciar con Teodoro Beza, casi tan célebre como Calvino, y á poner todos los medios posibles para reducirle al gremio de la Iglesia en que habia nacido. No era segura ni fácil la egecucion; pero estas consideraciones nunca detuvieron á Francisco de Sales, cuando se trataba de la gloria de Dios. Púsose en camino lleno de fe y de valor lo mas pronto que pudo para ir á Ginebra. Llegó por fortuna á casa de Beza en ocasion en que estaba solo este ministro. La agradable fisonomía del Santo, su aire de candor y de rectitud, y sus primeras palabras, que manifestaron del mismo modo la franqueza de su corazon, causaron una impresion extraordinaria en Beza, quien no le habia visto hasta entonces. Este ministro, que, prescindiendo del espíritu de secta, tenia tambien bastante franqueza, esperimontó, con respecto á Francisco, aquella inclinacion simpática que sentimos á favor de nuestros semejantes, y no pudo menos de tener cierta confianza en él. Conferenciaron largo tiempo, y siempre con mucha moderacion. A pesar de las acusaciones

de corrupcion y de idolatría con que denigró Beza á la iglesia romana, confesó que era posible salvarse profesando su creencia; y manifestó en otras muchas cosas que estaba poco distante de las máximas católicas. Pero no pudo ocultar las agitaciones de su corazon y los remordimientos de su conciencia. Después de esta primera visita, que dió buenas esperanzas á Francisco, hizole Beza muchas instancias para que regresase á su casa. Volvió en efecto hasta tres veces, pero sin adelantar mucho mas que en la primera, á lo menos en órden á la salvacion de aquel infeliz apóstata. Nunca fue mas visible el triunfo de la verdadera fe que en la cuarta visita, en la que sin responder Beza una palabra á los argumentos mas poderosos, y dominado de una profunda tristeza, manifestó á un mismo tiempo que conocia la verdad, y que estaba enzarzado en el error con unos lazos que parecian increíbles en un viejo casi octogenario.

32. Dicen que estando en Ginebra, con motivo de asuntos del real servicio, el gobernador de Montargis Mr. Des-Hayes, contrajo una familiaridad íntima con aquel ministro, contribuyendo á ello el buen humor de uno y otro (1). En una de aquellas conversaciones alegres en que suele tener poco lugar la reserva, preguntóle Des-Hayes, qué causa podia haber para que un hombre como él fuese tan adicto á la triste reforma de Calvino. Levantóse Beza sin responder, y llevando consigo una jovencita muy hermosa que estaba en un cuarto inmediato: „vé

(1) *Anon. lib. 5. c. 1.*

aquí (dijo) lo que me convence de la bondad de mi religion." Poco después fue acometido este infeliz de la enfermedad de que perdió la vida. Estando próximo á morir, quiso volver á hablar con San Francisco de Sales; pero estaba ya llena la medida de la divina misericordia para él. Los ginebrinos, á quienes se habian hecho muy sospechosas aquellas visitas, observaron con tanto cuidado á Beza y á Francisco, que no les fue posible volver á verse. Afirman, sin embargo, que poco antes de espirar se arrepintió Beza de su apostasia y retractó sus errores. Mas habiendo muerto en poder de los calvinistas, no se adivina cómo pudieron adquirirse unas noticias tan difíciles de saberse, y que necesitan confirmarse con las pruebas mas decisivas.

33. Superando ya en Tonon el número de los católicos al de los calvinistas, el primer síndico, que habia abjurado tambien sus errores, escribió, en nombre del ayuntamiento, al padre comun de los fieles, para rendirle homenaje, y rogarle que mirase á sus conciudadanos como á los hijos mas respetuosos de la Iglesia. El obispo de Ginebra pasó á la misión acompañado de varios jesuitas, capuchinos y eclesiásticos seculares, destinados al gobierno de las parroquias que debian establecerse, porque no se trataba ya de que volviesen á entrar en el seno de la unidad algunas personas particulares, sino de que iban á abjurar pueblos enteros de todos los cantones del Chablés y de los tres bailiages. El duque de Saboya, que quiso asistir en persona á una ceremonia

tan interesante, tuvo el consuelo de ver el concurso de las parroquias de Bellevaux, y San Sergue, en número de trescientas personas cada una, y muchos mas vecinos de varias aldeas del país de Focigny. Deseando el piadoso obispo hacer por sí mismo todas las reconciliaciones, convencióse muy en breve de que era obra superior á sus fuerzas, y vióse obligado á nombrar para este ministerio una porcion de eclesiásticos seculares y regulares. Para que nada faltase á la pompa de un espectáculo tan santo, dispuso la divina Providencia que se hallase en él un legado de la Silla apostólica. Esto contribuyó mucho, no solo á la celebridad, sino tambien á la solidéz de la conversion de aquellos países. Al regresar el cardenal de Médicis de su legacia de Francia, tomó el camino de Tonon, donde encontró al duque de Saboya, y le habló con tanta energía contra las peticiones que así Ginebra como los suizos protestantes iban á hacerle en orden á los asuntos de religion, que despreció aquel Príncipe todas las consideraciones políticas que no se conciliasen con los intereses de la fe.

Espidió un edicto, por el cual ordenaba que desde su publicacion no habia de permitirse otro ejercicio público de religion en el Chablés y en los bailiages, que el de la Religion católica romana. Que todos los ministros habian de salir para siempre de aquellos países. Que los habitantes que persistiesen en el calvinismo quedaban privados de los empleos públicos. Que habia de hacerse una exacta averiguacion de las rentas de todos los beneficios

usurpados, á fin de emplearlas en la reparacion ó reedificacion de las iglesias y en la subsistencia de los párrocos y misioneros. Que al momento se habia de fundar en Tonon un colegio de jesuitas.

Antes de la egecucion de este edicto, quiso el Príncipe tentar todavía un medio poderoso para limitar su severidad al menor número de vasallos que fuese posible. Mandó á todos los protestantes que concurriesen á la casa de Ayuntamiento, á donde se trasladó él mismo, en medio de dos filas de soldados, que se apoderaron al propio tiempo de las puertas y plazas de la ciudad. Despues de poner á la vista de aquellos hombres obstinados todo lo que se habia hecho por su salvacion, díjoles que habian tenido bastante comodidad para tomar una resolucion acertada; que al fin era necesario declararse, y que los que quisiesen abrazar la religion de su Príncipe, se colocasen á la derecha, y los demás á la izquierda. Colocáronse los mas á la derecha y quedaron aun muchos á la izquierda. Volviéndose el Príncipe á los primeros les dijo, que en lo sucesivo los miraria como á sus dignos vasallos, y que debian prometerse de su benevolencia todo género de favores. Lanzando despues una mirada de indignacion á la izquierda: „¡ con que vosotros (les dijo) osais declararos en mi presencia enemigos de vuestro Dios y de vuestro Príncipe! Marchad: huid de aquí, os despojo de todos vuestros cargos, y os destierro para siempre de mis estados. Mas quiero no tener vasallos que tenerlos como vosotros.” Hallándose allí Francisco se fue

detrás de ellos, é hizo el último esfuerzo para vencer una obstinacion que iba á hacerlos desgraciados en este mundo y en el otro. Hablóles de un modo tan persuasivo, manifestóles tanto interés, y usó con tanta oportunidad de las gracias de su elocuencia, de su dulzura y de su tierna sensibilidad, que antes de acabarse el dia persuadió á la mayor parte de ellos á conformarse con las intenciones del duque. Un número muy corto, menos capáz de constancia que de una terquedad caprichosa, buscaron un asilo al otro lado del lago, donde no tardaron mucho en darles á entender que eran gravosos. Demasiado fuerte era esta prueba para una virtud que no estaba cimentada en la verdadera fe. Antes que el duque saliese del Chablés, rogaron á Francisco que proporcionase su regreso con las condiciones que se les habian impuesto al principio. Concediólo el Príncipe con mucho gusto, como que le era violento usar de severidad. Así se convirtieron aquellas provincias desde el año 1594 en que el duque de Saboya escribió por primera vez sobre este punto al obispo de Ginebra, hasta el de 1598, en que quedaron de todo punto reunidas á la Iglesia, esto es, en menos de cuatro años, el primero de los cuales, muy ingrato al parecer, fue para Francisco un egercicio de humildad y paciencia, que últimamente produjo en los otros la mas brillante fecundidad; de suerte, que á los treinta años habia cogido ya los frutos de salvacion que se ven muy pocas veces aun en la edad mas avanzada.

34. Reunió por otra parte Clemente VIII al

patrimonio de San Pedro el ducado de Ferrara, que el último duque, Alfonso II, habia legado con el resto de su herencia á su primo hermano César de Este. Pero además de que César no era heredero en línea recta, tenia por abuela una persona de bajo nacimiento, cuyo matrimonio con el duque Alfonso era muy sospechoso, por no decir otra cosa. El mismo Alfonso, que habia contraido estos lazos al fin de sus dias, reputábalos tan poco válidos, al menos en cuanto á los efectos civiles, que habia pedido al Emperador legitimase los hijos nacidos de aquel matrimonio. No se juzgó el Pontífice obligado como á señor feudal á la observancia de unos convenios en que no habia tenido parte; y habiéndose César posesionado de Ferrara, empleó el Papa contra él las armas espirituales y temporales de la Iglesia. Mas no era acertada esta conducta, porque el anatéma en una controversia política, además de parecer un abuso y una profanacion, era insuficiente contra el atractivo de una soberanía apetecible, cuyo poseedor no hubiese arriesgado ninguna otra cosa. Además era de todo en todo inútil, supuesto que el señor feudal hallábase en estado de hacerse justicia á sí propio con aquel género de fuerza que es la última razon de los Príncipes (1). Despreció efectivamente César las censuras hasta que envió el Papa contra Ferrara un egército numeroso. Habia contado con el socorro de los Príncipes italianos, y de los estrangeros que tenian estados en Italia,

(1) *Ossat. ep. 14.*

la mayor parte de ellos muy opuestos al engrandecimiento del estado eclesiástico. Mas detúvolos á todos el nombre de Enrique IV. Ansiando este Principe utilizar todas las ocasiones de dar pruebas de su adhesion á la iglesia romana, y de mostrarse digno sucesor de Pipino y de Carlo-Magno, quienes habian dado á la santa Sede el exarcado de Rávena, de que era parte el Ferrarés, habia afirmado al Papa por medio de una embajada solemne que le defenderia con todo su poderío hasta recobrar aquel hermoso heredamiento. Vióse, pues, César de Este reducido á sus propias fuerzas, y por consecuencia obligado á recurrir á negociaciones. Dejéronle los ducados de Módena y Regio; mas no admitieron ningun partido por lo respectivo á Ferrara, de la que tomó posesion Clemente por sí mismo en 1598. Ordenó erigir en ella su estatua, y edificar una escelente ciudadela, en la que, segun se dice, gastó dos millones de escudos de oro.

35. No cogió por fruto la ingratitud el hijo primogénito de la Iglesia, cuando dió á su cabeza este testimonio de su afecto (1). Por la mediacion de este Pontífice, y por la eleccion que hizo de su embajada, tuvo efecto la paz de Vervins en que, decidido Enrique á mantener una guerra eterna antes que permitir la desmembracion de la menor parte de sus estados, recobró todo cuanto le habian tomado los españoles. En la guerra declarada á Felipe, consiguió reunir sus vasallos, así católicos como religionarios, bajo un

(1) *Thou*, t. 11. p. 489.

mismo estandarte, pero en atencion al estado lamentable en que se hallaban las cosas del reino, y en particular el real erario, no le fue posible poner en pie egércitos bastante numerosos, ó á lo menos pagarlos, y mantenerlos para evitar la desercion. Contaba con los ingleses y holandeses, y en efecto aprestaron éstos una escuadra que sirvió solamente para turbar á los españoles. Recaía así todo el peso de la guerra sobre Enrique, que la sostuvo solo con su valor, y no pudo estorbar que el enemigo se apoderase de Calés, que hiciese grandes progresos en Picardía, y que conquistase la capital de esta provincia. No obstante fue reconquistada la ciudad de Amiens; mas los religionarios que no lograban, ni con mucho, todo lo que pretendian de un Rey educado en su comunión, principiaban á alborotarse, sin permitirle perseguir á los enemigos exteriores, y obligándole á firmar la paz. Cuando se encontraba en los mas terribles apuros, y por decirlo así, bajo la espada de los españoles, aquellos inquietos sectarios pidieron la confirmacion y ampliacion de sus privilegios, manifestando tanto empeño y teson que juzgó el Rey que no podia tomar mejor partido que nombrar comisionados para este asunto.

36. El legado enviado por su Santidad á Francia para hacer que ratificase el Rey las cláusulas de su absolucion, veía por sus propios ojos la urgente necesidad que tenia de la paz aquel reino. Era este digno representante de la Cabeza de la Iglesia el cardenal Alejandro de Médicis, arzobispo de Florencia, capáz